Versos de hojas de álamo amarillas

Navidad 2016

El bonito palacio se alzaba cerca de las aguas del río Darro. Al lado de arriba del puente del Aljibillo, frente a la colina de la Alhambra, umbría y bosques que caen desde las murallas de estos castillos hasta el río y casi a la misma altura del Generalife. Miraba por completo esta mansión al sol de la mañana y quedaba como escondida entre dos colinas.

Tenía un jardín bastante grande con muchas y variadas plantas: moreras, almeces, granados, higueras, avellanos, álamos y membrillos. También entre estos árboles, crecían rosales de varias especies, lirios y muchas plantas aromáticas. Cerca de río, clavaban sus raíces un par de altos y robustos álamos y algunos pinos. Varios olivos de troncos añosos y retorcidos, daban compañía a estos álamos y zarzas silvestres.

En el hermoso palacio, construido de piedra, mármoles y maderas nobles, vivía una familia algo rica. Solo tenía esta familia una hija de unos quince años, muy amante de las plantas, animales, silencios y rumor de agua, aire fresco y perfumado y cielos azules. Era también muy dada a la soledad y a contemplar, quieta y en silencio, la corriente del río y la lluvia cuando caía. Las ardillas que por entre los árboles del jardín, saltaban y corrían, eran sus mejores amigos aparte del vientecillo que por entre los álamos siempre se paseaba y de los mirlos, gorriones y ruiseñores que por entre la vegetación de este río revoloteaban, hacían sus nidos y desgranaban sus cantos.

Un día, la familia del bonito palacio, contrataron a un hombre para que administrara la propiedad junto al ríos y otras cercanas por las montañas y vegas de Granada que el dueño de la mansión poseía. Y una de las primeras cosas que este hombre dijo al dueño y padre de la niña fue:
- Hay que cortar gran parte de los árboles que crecen en este jardín.
- ¿Y eso porque?
- Son peligrosos, muchos de estos árboles.
- ¿Peligrosos?
- Como usted puede comprobar, bastante de estos árboles, clavan sus raíces cerca de los muros del palacio. Las raíces de estos árboles, algún día dañaran la estructura de la construcción y también algún día, cuando se presente una tormenta o nieve, podrían caerse sobre este edificio y deteriorarlo gravemente. Y otra cosa que puede pasar, es que el día que menos lo pensemos, las ramas incluso árboles enteros, se quiebren y nos cojan debajo. Algunas de las personas que por aquí nos movemos, podemos morir aplastados por la caída de cualquiera de estos árboles. También tiene usted que tener presente que si un día hubiera un incendio en el palacio, la vegetación que rodea, ayudaría a que las llamas fueran más grandes.

Preocupado se quedó el dueño por lo que le decía el administrador. En un primer momento, solo dijo:
- Por ahora y de inmediato, no vamos a tomar ninguna determinación. Pensaré despacio lo que me dices y buscaré consejos. También creo que debo consultarlo con mi familia. Es bueno proceder así para evitar comentarios y reacciones en contra.
- Pues piénsalo usted y ya me dirá. Y si quiere asesorarse, mis amigos de la Alhambra pueden hacerlo. Los conozco desde hace mucho y por eso sé que son expertos y nobles. No le engañarán.
Concluyó el administrador.

Lo pensó el hombre y tres días después, a los amigos del administrador, les preguntó:
- ¿Entendéis vosotros de plantas, bosques y árboles?
- Algo entendemos porque somos los que mantenemos y cuidamos toda la vegetación que por aquí se ve. ¿Qué necesita usted?
- Que me deis opinión sobre los árboles en el jardín de mi palacio. Me han dicho que debo cortar muchos de ellos pero antes de proceder, deseo consejos de expertos.
- Pues mañana mismo vamos y vemos.

A media mañana, al día siguiente, tres hombres, se presentaron en el jardín del palacio junto al río. Buscaron y saludaron al dueño y le dijeron:
- Acompáñenos usted y veamos uno por uno los árboles de este jardín suyo.
- Eso está hecho ahora mismo.
Despacio, se pusieron a recorrer cada metro del jardín. Se paraban frente a cada árbol y el que parecía más experto entre los tres hombres, decía:
- Este árbol, hay que cortarlo. Ponle una señal con pintura roja.
Otro de los tres hombres, marcaba el árbol con una mancha de pintura roja, luego se fueron a otro, un viejo y grueso almez e hicieron lo mismo. Igual operación llevaron a cabo con una gran morera, algunos olivos centenarios, un par de encinas, varios granados, cipreses, pinos y tres grandes álamos.

Desde la ventana de su habitación, la joven vio a los hombres recorriendo el jardín y marcando los árboles. Se dijo: "¿Qué será lo que están haciendo y mi padre con ellos? Nada nos ha dicho él y esto me intriga". Al mediodía, cuando los hombres terminaron el trabajo, el dueño y padre de la joven, les aclaró:
- Dentro de una semana, hablaré de nuevo con vosotros. Tengo que pensar despacio todo este plan y también quiero comentarlo con mi familia. Pero ahora, una pregunta.
- ¿Qué pregunta tiene usted?
- Quiero saber cuánto vais a cobrarme por este trabajo.

- A usted quizás le resulte caro pero para nosotros no lo es tanto. Como su administrador es amigo nuestro, cortar todos estos árboles y quedarnos nosotros con la madera que de aquí salga, vale… …

Y el hombre dueño del jardín, al oír lo que los expertos le anunciaban, enseguida pensó que la operación era realmente costosa. Rápido cálculo sus posibilidades económicas y de nuevo dijo a los expertos:
- Os daré una respuesta dentro de un par de semanas.
- De acuerdo.
Dijeron los hombres y se marcharon. Salió en ese momento el administrador del palacio, se acercó al dueño del jardín y sin más le dijo:
- Ha hecho usted bien llamar y dejarse aconsejar por estas personas. Ya le dije que los conozco desde hace mucho tiempo y por eso son amigos míos. No ponga en duda sus consejos y honestidad.
- Lo que pasa es que cuesta un dineral llevar a cabo lo que ellos me han dicho y tú me aconsejas.
- Aunque sea así, debe cortar los árboles para evitar una desgracia grande. Su palacio y familia, vale mucho más.
- Y eso es otra cosa: ¿de qué modo y cuándo le digo yo a mi familia esto que estamos planeando?
- Quizá su familia no le gusta la idea pero como todo en esta vida, en cuanto pasa un tiempo y se asimilan las cosas, nos adaptamos a las nuevas realidades.

Y a su familia, mujer e hija, el hombre les dijo al día siguiente:
- Esta tarde a las cinco, tengo que compartir con vosotras algo muy interesante.
Inmediatamente la niña preguntó:
- ¿Qué es, papá?
- A las cinco os lo digo.
- ¿Pero es bueno o malo?
- Yo creo que, según me ha dicho el administrador, es bastante bueno.
Se refugió la niña en la madre y ésta nada dijo. Se limitó a darle amparo a la pequeña porque, de alguna manera, intuía que tenía miedo.

Unas horas después, la pequeña salió al jardín y al ver al padre que caminaba por entre los árboles mirando por aquí y por allá, se acercó a él y le preguntó:
- ¿Te has fijado en las ardillas?
- ¿Qué es lo que tengo que ver en estos animales?
- Algo sencillo pero muy curioso y que a mí me gusta mucho.
- ¿Puedes explicármelo?
- Sí, papá, ahora mismo. Ven por aquí y verás.

Condujo la pequeña el padre hasta donde crecía un grupo de gruesos y altos pinos. Emitió unos sonidos con sus labios y luego con las manos y, al instante, por entre las verdes ramas de los árboles, se movieron las ardillas. Color marrón oscuro, cola larga brillante y muy voluminosa y cuerpo pequeño aunque también muy elegante. Comentó la joven:
- Observa, papá y verás qué bonito.
Miraba con interés el padre y pudo ver como los pequeños animales brincaban con agilidad y belleza.

Primero se pusieron a correr, subiendo y bajando rápidamente por el tronco de un grueso pino. Se escondía una y la otra la perseguía intentando darle alcance. Cuando la primera con la velocidad de un rayo, se desplazaba tronco arriba, la segunda emitía sonidos al tiempo que zarandeaba la cola como en forma de bandera para transmitir señales. Al llegar a las primeras y espesas en ramas del árbol, la primera comenzó a saltar por las partes más delgadas de estas ramas y fue cuando la segunda intentó seguirla con más rapidez. De nuevo dijo la joven:
- ¿Ves, papá? Son hermosos estos animales y disfrutan entre los árboles. Tanto que en más de una ocasión he pensado que si por aquí y otros lugares hubieran muchos, muchos árboles, estas ardillas y otras como ellas, podrían desplazarse por todos los lugares del mundo sólo saltando de rama en rama. ¿Qué piensas tú de esto?

Por un momento, el hombre no supo qué responder. Y como se mantuvo en silencio sin dejar de observar el trajín de las ardillas, la pequeña otra vez comentó:
- ¿Sabes papá, lo que también a veces pienso?
- No lo sé, hija mía.
- Que el verde es el color más bonito que existe en este mundo. Y especialmente, el verde de las plantas, bosques y naturaleza en general.
Una pequeña ráfaga de viento, se paseó suave por entre las ramas de los árboles. De los álamos, almeces, nogueras, granados y moreras, cayeron bandadas de hojas otoñales, amarillas, ocres y naranja. Al ver estas bandadas como de mariposas revoloteando en un viaje mágico hacia el suelo, corrió ella con sus brazos abiertos y como queriendo abrazar a todas las hojas que de las ramas de los árboles caían. Gritaba alborozada y al rato volvió junto al padre y le confesó:
- Yo creo también que la felicidad en esta vida no está ni en lujosos palacios ni en poseer mucho dinero ni ser dueño de grandes extensiones de tierra. En estas pequeñas cosas que vemos por aquí y el juego de las hojas, el viento y los árboles, yo pienso que hay una felicidad mucho mejor que en esas riquezas que te he dicho. ¿No lo crees tú, papá?

Nada respondió el padre a esta pregunta. Sí en este momento, un mirlo blanco, ave que a la joven le gustaba mucho y que veía con frecuencia por entre los árboles y plantas del jardín y por el río, alzó vuelo y lanzó al aire sus gritos. Aprovechó ella para otra vez comunicarle al padre:
- Esta ave, es bonita como ninguna otra y siempre me da compañía. Por eso también creo que los animales, todos los animales del mundo, son los seres más hermosos que podamos contemplar. Y si no crees lo que te digo, fíjate en esto:

Dio la pequeña unos pasos hacia el cauce del río y se acercó a los tres o cuatro madroñeras que por aquí crecían. Repletos estaban estos arbustos de frutos redondos ya algunos rojos y con muchas racimos pequeños de florecillas blancas en forma de Campanilla. Por entre todas estas florecillas, revoloteaban, iban y venían, abejas, mariposas en varios colores y también, avispas y otros insectos. Libaban el néctar de las pequeñas florecillas y de esta forma, parecían llenar de vida, energía y color no sólo los verdes y densos arbustos, sino también todo el jardín del palacio, cauce del río a los pies de la Alhambra, el monumento y todos los lugares cercanos.

- ¿A que son hermosos como nada estos pequeños misterios que la naturaleza, sin que nosotros lo merezcamos, nos regala?
Tampoco a esta pregunta, el padre respondió. Se limitó a estar junto a la joven, a mirar despacio y a observar con atención lo que ésta le mostraba. Pasado un buen rato, si expresó el hombre:
- Esta tarde a las cinco, hablo contigo y con mamá, algunas cosas importantes.

No prestó ahora la niña mucha atención a estas palabras del padre. No, porque justo en este momento, otra no muy grande ráfaga de aire, zarandeó los álamos que estaban junto al río y de éstos, cayó una espesa lluvia de hojas amarillas. Amarillas color oro viejo y que parecían mariposas heridas que, desde el cielo, caían revoloteando como si vinieran a morir al suelo. Pensó ella: "El otoño ya está casi en su final y es normal que a sólo unos días del invierno y de las fiestas de Navidad, estos árboles se desprendan de sus hojas".

Se retiró del padre, se acercó más a la corriente de río, quiso coger con sus manos un buen puñado de las hojas amarillas que por el aire caían y también quiso soltarlas en la corriente de río y que las aguas se la llevarán. Y lo que hizo fue que aquí, en unas piedras gordas y por donde al pasar el agua formaba como una pequeña cascada, buscó un lugar apropiado y se sentó. En mitad de las aguas del río y por eso, con sus manos, comenzó a tocar las aguas y a jugar con ellas. Cogiendo pequeños puñados de estas aguas y echándola sobre las hojas amarillas que por la corriente nadaban. Por su mente y espíritu, pasó una extraña sensación. Como en forma de oración y sin ser muy consciente del valor de lo que en su corazón se agitaba, de nuevo susurró: "¡Si yo tuviera un buen amigo para que jugara conmigo junto a estas aguas¡ Mi padre no me comprende y mi madre, aunque es buena y me trata bien, tampoco sabe lo que me pasa y quiero".

Y en este momento, alzó su cabeza y miró para la gran construcción de la Alhambra en lo más alto de la colina. Imaginó ahí dentro, hermosos, altos y fuertes príncipes y soñó conocerlos y hacerse amiga de ellos. "Seguro que serán los más valientes del mundo y seguro que, llegado el caso, darían su vida por la princesa que aman. ¡Si yo pudiera conocerlos y hacerme amiga de algunos de estos príncipes! El mejor de todos, el más fuerte, valiente, educado y cariñoso. Y también que como yo, le guste vivir en libertad, entre árboles junto a ríos y fuentes de aguas claras y que sea amante de los animales, la lluvia y el color amarillo de las hojas de los álamos cuando en otoño caen de las ramas".

Soñaba iluminada ella estas fantasías cuando vio cerca de sí, a una pequeña ardilla. Con el pelo color canela muy brillante, la cola muy esponjosa y alzada como en forma de bandera y los ojos y orejas como recién lavados. La miró fija durante un largo rato y pensó llamarla para que se acercara y así poderla coger. Se había parado sobre una pequeña piedra toda cubierta de hojas amarillas de álamo y cerca de las aguas del río. Y ahí, se quedó quieta, un poco acurrucada y como esperando.

Pensó también la niña, levantarse para acercarse a ella y cogerla. Pero en este momento, a su mente acudió un recuerdo: era otoño también como hoy. Habían caído las lluvias, las hojas de muchos árboles tapizaban el suelo con tonos amarillos y ocres y la hierba ya estaba brotada, tanto en el jardín de su casa como por las orillas de río y lugares cercanos.

Se acercó ella a la morera más grande del jardín por donde las aguas del río. Y de pronto, por entre la hierba aun enana, vio a una cría de ardilla. Buscaba alimento y parecía moverse con torpeza. Se aproximó a ella con sigilo y sin hacer abrupto movimiento y pudo ver que su pelo no brillaba y que su cola estaba casi pelada. De vez en cuando, la pequeña ardilla, dejaba de buscar alimento y con fuerza se rascaba. Se dijo la muchacha: "Creo que está enferma. Parece tener hambre pero quizá no tenga fuerzas para buscar buenos alimentos ni para moverse por entre los árboles"

Buscó la niña y aquel mismo día le dio algunas almendras. A sus manos vino la ardilla a cogerlos y esto animó a la joven. Al día siguiente le dio un trozo de pan y una manzana y cuando volvió al tercer día, la vio inmóvil junto al tronco de la morera. Enseguida comprobó que una de sus patas la tenía rota. "¡Qué lástima!" Se dijo y le acercó unas almendras, pan y fruta. Apenas comió el animal y esto le preocupó. "¿Qué puedo hacer por ella?" De nuevo se preguntó muy afligida.

Junto al río y no lejos del agua, le hizo como una pequeña casa y la puso dentro. Le dejó comida con la esperanza de que recuperara fuerza y curará. Pensando en ella, la joven apenas durmió por la noche. Por eso, al día siguiente, en cuanto amaneció, se acercó al río y a la casita de la ardilla. La llamó y no se movió. Se aproximó más y comprobó que estaba muerta. "¡Qué pena con lo pequeña que es y lo bonita que era!" Junto al tronco de la morera, hizo un hoyo en el suelo y la enterró. "Así, cada vez que venga por aquí, me acordaré de ti y te daré calor y cariño".

Pero aquel día, al siguiente y al otro, la joven comenzó a decirse: “Si yo no me hubiera ocupado en ella para darle alimento y cariño, seguro que no habría muerto. En cuanto intervine en su vida, comenzó a ser dependiente y no desarrolló las cualidades necesarias para alimentarse y enfrentarse a las cosas. Pienso que a los animales y a las plantas, no es bueno domesticarlas ni darles formas según nos guste a nosotros. Estos seres vivos, tienen en sí todo lo necesario para desarrollarse y ser ellos”

En los días que siguieron a la muerte de la pequeña ardilla, el lugar cerca de donde la joven la había enterado, se fue tapizando de más y más hojas amarillas. De álamos, muchas, de moreras, de almeces, de granados, de higueras y también de anchas y bonitas pámpanas de parras y nogueras. Según el otoño fue avanzando, las hojas caían y caían y el suelo se cubría de amarillos y ocres. Algo que a la joven le gustaba mucho y al mismo tiempo le llenaba de melancolía y sueños. Se decía: “El otoño por este jardín de mi casa, junto al río que corre a los pies de la Alhambra y como en una esquina de la ciudad, está lleno de misterios, olores y muchos, muchos sueños. ¡Si yo pudiera recoger y dar forma, de alguna manera, las cosas que mi corazón se agitan y los deseos de libertad hacia mundos desconocidos y bellos!”

Mientras por su mente fueron pasando estos recuerdos y sensaciones, mantenía sus miradas clavadas en la pequeña ardilla que esta tarde se había parado sobre una piedra junto al río y cerca de ella. Sintió ruidos de viento y enseguida vio como de las ramas bajo cuyos árboles se encontraba, caían cientos de hojas amarillas. De todos los árboles y de lo que más, fue de los álamos que tenía a su lado. Continúo moviéndose el viento y arrancando hojas de las ramas. Por el aire caían como borrachas y amontonadas, puñados y puñados de hojas que poco a poco se iban durmiendo sobre la tierra.

Un denso puñado de estas hojas amarillas, de pronto se concentró por donde la pequeña ardilla estaba parada sobre la piedra. Quedó casi por completo cubierta por esta bandada de hojas color oro y fue justo en este momento cuando oyó la voz de la madre que la llamaba. Colocada en la puerta del palacio la llamaba diciendo:
- Papá quiere hablar con nosotras. Te estamos esperando.
Respondió ella anunciando que iba pronto.

Cuando llegó, en una sala bastante grande, lujosa y decorada con jarrones y cuadros hermosos, los padres estaban sentados. Saludó y dijo:
- Aquí estoy.
- Pues empecemos la reunión.
Comunicó el padre.
- Voy a ser breve y claro para que se comprenda bien la información.
Expectantes miraba la hija y la madre y también con cierto miedo en sus corazones. Dijo la joven, dirigiéndose al padre:
- Cuando tú termines de comentarnos lo que anuncias con tanto misterio, yo quiero relataros algo también muy interesante. ¿Puedo papá?
- Sí que puedes pero ahora escuchad con atención.
Y comenzó el hombre:

“El administrador de este palacio y un grupo de amigos míos, me han dicho que… …” Sin apenas parar ni para respirar, el padre habló a lo largo de casi quince minutos. Expresó con claridad y sin rodeos, lo que ya tenía pensado hacer con casi todos los árboles del jardín. Repitió una vez y otra que el administrador se le había aconsejado encarecidamente. Y también dijo que en el fondo, no era tan grave si el jardín se quedaba sin árboles.
- Puede ser hasta interesante para nosotros porque así, desde la Alhambra y otros lugares, se verá claramente la grandeza de este palacio nuestro.
Concluyó.

La madre y la niña, todo el rato, habían escuchado en silencio y con mucho interés, las palabras del padre. Y cuando ya casi no tenía más que decir, la pequeña le interpeló:
- Papá ¿lo que acabas descontarnos es cierto?
- Tan cierto como que ahora mismo estoy aquí con vosotras.
- Pues no me gusta nada lo que quieres hacer. Y, además, pienso que este administrador, es un fantoche. No tiene alma ni en su cabeza hay cerebro ni en su corazón amor y respeto. No me gusta nada, nada este administrador. Y ahora mismo hasta lo odio.
Preguntó el padre:
- ¿Y por qué dices eso, hija mía?
- Te lo voy a explicar despacio.

Muchos de los árboles de este jardín nuestro, son viejos casi como la Alhambra y el río que corre por aquí. Ni siquiera sabemos qué personas los sembraron. Pero lo que sí es cierto que estas personas, hace mucho, mucho tiempo que se fueron de este mundo. Con solo imaginar los años que tienen estos árboles, se puede intuir el tiempo que aquí llevan creciendo. Y esto, papá, aunque sólo fuera por esto, deberíamos no solo respetar sino venerar cada uno de estos árboles. En crecer y desarrollarse en el porte que ahora presentan, han gastado años y años. No es lógico, ni humano ni sabio que ahora, en sólo unos minutos acabemos con lo que la naturaleza ha tardado tanto tiempo dar forma y vida. Ninguno de nosotros tenemos derecho a llevar a cabo este atentado. Y aún menos tiene derecho el administrador fantoche que te aconseja.

Pero aún tengo más razones para pedirte que respete los árboles de este jardín nuestro. Tú y el administrador, decís que hay que cortarlos porque representan peligro. Pueden caerse, cogernos debajo y matarnos. Puede haber incendios y los árboles ayudarían a que las llamas fueran más desbastadoras. Y puede, no sé cuántas cosas más según nos dices y tu payaso de administrador te dice. Y con este razonamiento, yo tengo argumento para decirte lo siguiente:

En la montaña, en los palacios de la Alhambra, jardines y huertas, en las casas y patios de esta ciudad y barrio, también crecen y se elevan muchos, muchos árboles. Cipreses, como cada día podemos ver desde la ventana de nuestro palacio. Almeces, naranjos, limoneros, granados y acacias. Por donde crecen estos árboles, a un lado y otro y por debajo, se mueven y pasan personas un día y otro. También hay casas, jardines y huertos, juegan niños y tránsito animales.

Un día, como dices tú y ese corazón de piedra que llamas administrador, estos árboles que te digo, pueden caerse y matar o aplastar a las personas. Si hubiera incendios, como también dices puede pasar en este palacio, los árboles arderían y sucedería lo que has anunciado. Estas y otras muchas cosas pueden ocurrir, en cualquier lugar del mundo, casa, calle, ciudad, barrio o montaña. La muerte y el peligro, está donde menos lo esperamos y en cualquier momento. Pero aún así, nadie corta árboles con el pretexto de lo que puede ocurrir ni nadie se queda quieto en su casa por temor a que un árbol se le caiga encima. Si se procediera así ¿Quién podría vivir en este mundo?

Concluyó, con esta pregunta, la joven su discurso. Se levantó rápida de donde estaba sentada, rápida también salió de la sala y sin parar, atravesó los pasillos y se encerró en su habitación. La llamó la madre y el padre quiso decirle algo pero ella no atendía a ninguno de los dos. Cerró la puerta de su habitación por dentro y tampoco quiso hacer caso a los ruegos de la madre. Al instante, abrió su ventana y se asomó al jardín. Durante mucho rato desde aquí estuvo contemplando los árboles y plantas del jardín, con la imagen de la Alhambra sobre la colina y el rumor de las aguas de río acompañando de fondo.

Por entre las torres de la Alhambra, aparecía y se escondía la luna y por el cielo, salpicaban algunas nubes, alargadas, oscura y deshilachada casi todas. Parecían amenazar tormenta. Hasta sus oídos llegaba el ulular de algunos cárabos y autillos y también el cric crac de grillos cerca del río. En su corazón se susurró: "¡Tonto y fantoche administrador! No quiero ni verte y menos deseo oírte o hablar contigo. Ojalá un día no tengas amigos ni rincón en este mundo o en otros lugares, donde te quieran. Eres malo y por eso un día hasta el aire te despreciará. ¡Fantoche de corazón de piedra y cabeza llena de paja!"

Ya muy tarde, aquella noche, se acostó. Apenas puedo dormir pensando en lo que había dicho el padre y también inquieta por los relámpagos y truenos que a intervalos se oían. Por eso, de madrugada y antes de que apareciera el administrador o sus padres, salió de la habitación. Atravesó el jardín y se fue derecha al río. Justo a donde clavaba sus raíces el álamo más grueso y alto. Y según se iba acercando, lo que más enseguida le empezó a llamar la atención, fueron las hojas amarillas. La amplia, densa y muy fina alfombra de hojas amarillas de álamo que cubrían el suelo. El viento de la tormenta que había descargado en las partes altas y sierras donde nace el río que atraviesa Granada y regaba su jardín, había arrancado muchas hojas de álamo. Pero la lluvia por el rincón apenas había hecho acto de presencia. Se dijo: "Como si alguien, esta noche por aquí, la hubiera dibujado para que mi corazón se alegre ahora".

Se puso y comenzó a buscar hojas en distintos tonos. Amarillo intenso, algunas. Amarillo algo desvaído y como anaranjado, otras. Amarillo oro viejo, algunas más. Amarillo tirando a marrón, otras pocas. Color chocolate, madera tostada, verde apagado y también un puñado color puesta de sol con tonos parecidos a las torres de la Alhambra. Y según iba juntando estos montones de hojas en tan variados y vistosos colores, comenzó a colocarlas sobre la tierra. En un espacio en forma de rectángulo como de metro y medio por un metro a los lados. Dividió este espacio en pequeños cuadritos y en cada uno de estos cuadritos, algunos de ellos irregulares, colocó hojas en diferentes tamaños y tonos.

Durante mucho rato estuvo ocupada en esta tarea, parándose sólo a intervalos para mirar hacia la Alhambra, el jardín de su palacio y las aguas del río. Apareció el sol un poco ya avanzada la mañana y al incidir sus rayos sobre las hojas que había colocado en el suelo, éstas reflejaron colores muy limpios y puros. Terminó de confeccionar la alfombra de hojas, la observó durante unos segundos, y luego, con mucho cuidado pisó y en el mismo centro de rectángulo, se sentó. Extendió a su alrededor el vuelo de su vestido rojo y se colocó mirando para la Alhambra y en la dirección en que las aguas del río se alejaban. A su derecha y por el lado de arriba, colocó un buen puñado de hojas amarillas. Las más frescas y tersas que había encontrado.

De este montón de hojas, cogió un puñado y, con la otra mano, cogió una hoja de álamo muy amarilla, la alzó como a la altura de sus ojos procurando que la figura de la Alhambra quedara al fondo y sin pronunciar palabra, en su corazón se dijo: "Príncipe, en esta hoja te envío el primer poema y mensaje. Léelo y ven pronto a rescatarme. No tengo alegría ni soy feliz y menos, desde que ayer mis padres me hirieron el corazón".

Sobre las aguas claras de la corriente de ríos, colocó suavemente esta hoja y la soltó. Meciéndose, en un juego suave y pequeño, la amarilla hoja de álamo, fue arrastrada por la corriente río abajo como hacia las profundidades de la gran vega por donde el sol se oculta cada tarde. Siguió con su mirada durante un rato el alejarse de este poema de color meciéndose sobre las olas y volvió a repetir el juego. Del puñado de hojas que tenía en la mano, separó otra y de nuevo, imaginariamente, escribió en ella un poema o mensaje. La soltó en la corriente y miró para la Alhambra. Con la intención en su corazón de que alguien en ese lugar a otros sitios desconocidos para ella, leyeran los versos que en cada hoja invisiblemente escribía. Repitió una vez y otra la acción siempre ilusionada hasta que, a media mañana, oyó la voz de la madre.

Salió por la puerta del palacio llamándola y al verla bajo el álamo, entre las hojas y cerca de río, se acercó a ella. Le dijo:
- Te estoy llamando porque tu padre y yo estamos preocupados.
Y ella, muy enfadada, dijo:
- No quiero saber nada de vosotros ni del administrador.
- Pero si es necesario cortar los árboles del jardín, habrá que hacerlo.
- ¿Para salvar nuestras vidas y conservar un palacio para vivir ahí?
- Es razonable y tiene sentido.
- Pues yo ya he decidido que no quiero vivir en este palacio ni deseo saber nada de vosotros.
- ¡Pero hija!

Dejó la joven de prestar atención a la madre. Continuó saltando hojas sobre la corriente y susurrando versos imaginados en su corazón. Desde el otro lado del río, algunas personas vieron la escena. Y al descubrir a la joven sentada en el centro de esta tan original alfombra de hojas de colores, comentaban:
- Nunca antes por aquí vimos esto. Parece una princesa que contemplara la corriente del río.
- Y fíjate que marco tan original: La Alhambra allá en lo alto, el bosque que desde las murallas cae para el río, estos árboles por aquí ya todos con sus hojas amarillas, la corriente de río deslizándose armoniosa y la luz y colores que refleja todo el rincón.
- Sin duda que es una princesa que ha venido a escribir versos.

Salió el padre en estos momentos a la puerta del palacio. Llamó al administrador y también a su esposa y está, al oírlo, dijo a la joven:
- Voy a ver qué quiere tu padre y vuelvo enseguida. Deseo que regreses con nosotros y al palacio.
Como si no escuchara, la pequeña prescindió de la madre y continuó soltando hojas amarillas en la corriente de río. Algunos pajarillos, mirlos, carboneros, petirrojos y currucas, revolotearon por entre las ramas cerca de donde ella estaba. La madre se alejó hacia el palacio y al poco, cuando ésta caminaba por el jardín en compañía de su esposo y el administrador, se oyó un gran estruendo.

Por el río, como si surgiera de algún misterioso lugar, apareció y bajaba con gran ímpetu, una enorme tromba de agua. Color chocolate y arrastrando ramas secas, hojas y piedras. Gritó la madre, llamó el padre a la hija y las personas que observaban a la princesa, corrieron. Solo a estas personas les dio tiempo ver como la violenta tromba de agua, sepultó a la joven, su alfombra de hojas de colores y todo el rincón por donde crecían los álamos. Apareció una bandada de pájaros de distintas especies, colores y tañamos. Revolotearon por entre las ramas de los álamos, lazaron trinos y algarabía. Un mirlo blanco con algunas plumas negras, salió del centro de esta bandada, dio varias vueltas por donde se había visto por última vez a la joven, lanzó cantos y luego chillidos. Y siguiendo la dirección en que corrían las aguas, se alejó como hacia las torres de la Alhambra.

Y aunque la madre, en un intento desesperado quiso salvar a la hija, lo único que puedo hacer, junto con su marido y el administrador, fue correr para que las aguas no les arrastraran. Al caer la tarde de ese día de otoño ya en el umbral del invierno y con la Navidad apareciendo, las aguas del río bajaron. Las espesas y negras nubes que cubrían por las partes altas del río, se abrieron. Los padres y el administrador descendieron de las partes alta del barrio por donde habían subido para salvarse y lo primero que hicieron fue ir a donde la joven estaba en su alfombra de hojas amarillas. Solo barro, piedras y ramas secas, vieron por el lugar. Y lo mismo encontraron por el jardín y cerca del palacio. Ni un árbol había quedado en pie y muchas de las ventanas, puertas y balcones del palacio, estaban arrancadas y por completo rotas. El barro, matojos y charcos de agua turbia, lo cubría casi todo.

El administrador decía a los dueños del palacio:
- No se preocupen ustedes por lo que ha pasado. Así ya no tendremos que cortar los árboles y el palacio, se puede restaurar. Aunque la pérdida de su hija, sí que es una gran desgracia. Pero los amigos míos y que usted ya conoce, pueden ayudarnos mucho en la reparación de su palacio.
Miraba la madre a este hombre, con los ojos llenos de lágrimas y aunque deseaba argumentar con él, las palabras no le salían. Tampoco el padre tenía ánimo para comentar nada. Sí algunos vecinos amigos de los dueños del palacio, se acercaron por el lugar y al ver la desolación y saber lo ocurrido con la hija, dijeron:
- Mientras tanto que restauran su palacio y rehacen sus vidas, en nuestras casas tendréis hogar y comida.

En una de estas casas de vecinos, durmieron aquella noche. Y mientras se calentaban en las llamas de la lumbre que ardía en la chimenea, las mujeres que les habían acogido, decían a la madre:
- El palacio de ustedes, es muy hermoso. Les costará repararlo pero todo en esta vida, se supera.
Y a estas palabras ahora sí la madre comentaba:
- Pero si nuestra hija ya no vive ni nunca más podremos oír su voz ni ver su cara ni su sonrisa ¿para qué quiero yo vivir en un palacio y tener un jardín sin árboles? Nunca esto podrá darme el gozo, la felicidad y el sentido que sí me daba ella.
No sabiendo las mujeres de qué modo consolar a la madre, una de ellas comentó:
- El corazón de los niños, y más si es puro como lo era el de su hija, a veces presienten y adivinan cosas que los humanos adultos no alcanzamos a razonar.
- El corazón de mi hija era limpio como el amanecer de la primavera más fresca. A ella, en ningún momento, le gustó el administrador que teníamos contratado. Más de una vez me dijo que no era bueno. Cosas de niños.

Razonaba la madre muy entristecida. Y las personas que la habían acogido en su casa, callaban.

De pena, poco tiempo después, los dos padres murieron sin haber vuelto en ningún momento al palacio. El administrador también enfermó y al quedarse sin amigos ni trabajo, se refugió en unas cuevas. Nadie quería saber nada de él porque no lo consideraban buena persona. El palacio quedó abandonado y según pasaban los días, meses y años, se iba poco a poco desmoronando. Transcurrido más tiempo, desaparecieron por completo las piedras de los muros, las maderas de sus techos y hasta los cimientos. Por el lugar que ocupaba el jardín, crecieron zarzas, higueras silvestres, almeces y parras. Y por el río, donde ella jugaba con las ardillas y dibujó la alfombra de hojas amarillas de álamo, estos árboles siguieron creciendo.

Se secaron pasado el tiempo pero brotaron otros y por entre sus ramas, cantaban y revoloteaban las aves que a ella siempre habían dado compañía. Hasta enjambre de abejas se instalaron y fabricaron sus panales en las ramas de estos álamos en alguna primavera. Y corriendo el tiempo, muchos, muchos años, cada otoño invierno, estos álamos teñían sus hojas de amarillos, la dejaban caer al suelo luego y muchas de ellas, el río se las seguía llevando. Nadie sabía a dónde pero esto sigue ocurriendo por el lugar que hoy es conocido como Paseo de los Tristes en Granada.

Algunas personas, no muchas porque esta historia es poco conocida, cuando llegan estas fechas de otoño invierno y en especial ya en Navidad, vienen por aquí y se paran. Les gusta a ellos ver los álamos vestidos de amarillo y, por el suelo, extendidas las hermosas alfombras de mil colores. Y cuando llueve, por las noches y al amanecer, de las últimas hojas amarillas en los álamos, cuelgan cientos de gotitas de agua transparente. A reflejarse en estas perlas las luces de la Navidad instaladas en las calles o los rayos de la luna, estas gotitas de lluvia, se convierten en brillantes lucecitas que reflejan todos los colores. Al verlas algunas personas comentan:
- Es como si fueran las lágrimas que estos árboles todavía lloran por ella.
Y otras personas dicen:
- También parecen estrellas vivas. Ella quizá se convirtió en una de estas estrellas y ahora vive en el cielo que en su corazón soñaba y en sus versos escribía.
- Y puede que se haya quedado por aquí para siempre jugando con las hojas amarillas de los álamos, ahora convertida en gotita de lluvia transparente y en versos nunca escritos ni conocidos por nadie.
- Algo hermoso, sin duda, fue esa joven, los sueños de su corazón, sus versos, la alfombra de hojas amarillas de álamo y este rincón tan lleno de misterio y belleza excelsa.

Nota: En los últimos días de otoño y cuando llega la Navidad, cada año, por este rincón del río Darro, de los álamos y otros árboles, caen densas nubes de hojas amarillas. También por estos días, todos los años aparece por aquí, revolotea y canta, un bonito mirlo blanco. Algunos inviernos canta mucho al atardecer y otros años, su plumaje no es blanco del todo sino salpicado con algunas plumas negras.